



SUMARIO

Revista general.	Doctor Fausto
ERRORES POPULARES:	
El miedo en los niños.	Dr. Marín Perujo.
PRECEPTOS DE LA CIENCIA:	
El mes de Setiembre.	Dr. Tolosa Latour.
Aforismos infantiles.	Dr. Benavente.
Los niños en la escuela.	Modesto Anuella.
El niño en la playa.	E. García Jove.
JUNTO Á LA CUNA:	
La cuna.	Emilia Pardo Bazan.
La muerte de un Delfín.	Alfonso Daudet.
CUADROS REALES:	
Un drama contemporáneo.	Condesa de Locatelli.
Los Puritanos.	A. Palacio Valdés.
BENEFIENCIA:	
La Nodriz-ogro.	J. Ortega Munilla.
Calor de Madre.	Carlos B. Figueredo.
Mis hijos.	Manuel del Palacio.
PENSAMIENTOS Y FRASES.	
En un album.	José Gall.
Ecos infantiles.	"
A la niñera de mi amigo X.	Juan Perez Zúñiga.
Las flores y los niños.	A. Torrero.
La tumba del amor.	L. Vega-Rey.
DICHOS Y HECHOS.	
Correo, Anuncios, (Véase la cubierta.)	

REVISTA GENERAL

No hace mucho tiempo, en un periódico de circulación, hablé de los *Niños mártires*, esas desgraciadas criaturas que padecen persecuciones y opresion de parte de gentes perversas ó perverti-

das; esos pobrecillos que, como una niña de trece años de que hablan los periódicos, se arrojó sobre los rails del ferro-carril en el Grao porque su madre, que *la inspiraba verdadero terror*, la había mandado que llevase agua, con tan mala fortuna que se la rompió el cántaro al tiempo de llenarlo, y temía seguramente sus crueldades.

Semejantes noticias causan horrible impresion y excitan á que la ley prive de la patria potestad á padres tan desnaturalizados como con frecuencia abundan.

En cambio acuden las lágrimas á los ojos pensando en PEDRO BOZEC, ese *niño héroe*, infeliz grumete que se venga de los martirios de sus compañeros de á bordo lanzándose al mar con una cuerda atada á la cintura en busca de la salvadora orilla.

Las encrespadas olas, dicen los relatos fidedignos, jugaban con aquel débil niño, elevándole tan pronto á lo alto como hundiéndole despues en la negra profundidad del abismo, hasta que una ola le arrojó á la orilla.

La alegría fué general en tierra y á bordo. La cuerda salvadora fué asida por los pescadores; pero el portador de ella yacía exánime y destrozado por los afilados picos de las rocas.

Sobre la tumba del pobrecito mártir se lee una sencilla inscripcion que atestigua que un niño murió salvando ocho hombres. ¡Qué hermoso monumento!

¡Ah, quién sabe si la abnegacion y el sacrificio,

al no encontrar almas dignas en quien anidar, se encarna ahora en el tierno corazón de los niños!

Por de pronto, los hombres les enseñan muy poco bueno. Verdad es que la sociedad es muchas veces una odiosa madrastra que les deja morir de hambre, les martiriza, les abandona, permite que les exploten, y más tarde va cubriendo con sus antiguos hijos las celdas de las cárceles

Me ha interrumpido en mis lamentaciones una visita agradabilísima.

Se trata de las hermosas hijas de un amigo del corazón, que, silenciosas y humildes, esperaban en mi despacho que intimara con ellas.

Pocas horas han bastado para que las conociera y admirara.

Llámanse *Marta* y *María*: ambas son bellas y simpáticas. La más pequeña, Marta, es lo que se llama una mujercita de su casa, hacendosa, trabajadora, activa; no conoce los misterios de la música, ni ha leído novelas francesas. Coge con infantil torpeza el compás de un vals; pero ¡con qué habilidad arregla un armario de ropa, amasa una torta ó arregla su cuartito!

Su hermana es buena, pero soñadora; huyendo de las cosas románticas, cayó en los delirios místicos; huyó de su prometido Ricardo para postarse á los pies del Redentor, y á estas horas será su esposa y se hallará en un convento. Su pobre madre ha muerto víctima de una enfermedad lenta y cruel, y su padre, que es un bendito, hallará sin duda dulce consuelo al contemplar su hogar, del que faltan dos seres queridos, ocupado por Marta y Ricardo, que se aman.

Al propio tiempo que las conocía, he ido sabiendo quiénes son sus numerosos amigos.

Hay entre ellos un fabricante de fideos notabilísimo, unas niñas de provincia dignas de conocerse, sin contar otros muchos personajes residentes en Nieva, puerto del Cantábrico, de donde proceden, cuyos paisajes son deliciosos.

De las galas con que se me presentaron adornadas nada os diré. Basta saber que su padre literario es Armando Palacio Valdés, el autor de esa deliciosa novelita *Los Puritanos*, que nuestros lectores han saboreado con tanta fruición.

Yo os contaría... pero ¿á qué? Leed el libro que lleva por título los nombres de mis dos amables amigas, y la jóven que después de su lectura no quiera imitar á *Marta* escribámelo al punto, pues se halla de seguro enferma de gravedad, casi tanto como la pobre *María*.

El libro de Armando Palacio trae á mi memoria las deliciosas horas que he pasado leyendo otro

de una escritora á quien me consta tienen en gran devoción y estima los lectores de LA MADRE, la señora doña Emilia Pardo Bazan.

Intitúlase el nuevo trabajo *La Cuestión palpitante*, es decir, el problema del realismo ó naturalismo en literatura, presentado con tanta sencillez como galanura y con tanto arte como erudición por nuestra distinguida colaboradora, que siente y se expresa como una dama, y juzga y escribe como un académico de los más ilustres.

El interés con que se leen las páginas de este libro sólo son comparables al deseo que todos experimentan de ver publicada la nueva novela *La Tribuna*, de la autora de un *Viaje de novios*.

Un poco tarde recibo el libro de mi compañero el Dr. Lozano sobre *Higiene y educación de los niños*. Digo esto, pues á estas horas debe hallarse agotado, que, por lo demás, nunca es tarde para aplaudir los nobles esfuerzos de cuantos aman los niños y desean ver regenerada nuestra raza mediante una acertada *educación* y una cuidadosa *higiene*. Bien venido sea entre nosotros quien tan buenos deseos y excelentes disposiciones presenta para la gran tarea popularizadora.

Y ya que entre libros me hallo, no abandonaré tan buena compañía sin saludar las primeras páginas de una obra que publica el Dr. Gomez de la Mata acerca del *Tratamiento del crup y angina diftérica*, esa terrible enfermedad que estremece á las buenas madres y preocupa á los buenos médicos.

Si es útil todo lo que á favorecer la infancia se dedica, ¿qué calificativo no merecerá el libro encaminado á combatir con sensata terapéutica el mal que, como dice Galdós, es el mayor de los monstruos?

Empecé esta Revista con tristeza, y con tristeza la termino.

La especialidad de *enfermedades de los niños* acaba de perder dos hombres que han hecho mucho bien á la infancia: los doctores Archambault y Parrot, de París.

Sus muertes dejan un verdadero vacío en los hospitales franceses y en la ciencia. Sea el reposo tan grande como fueron activas y provechosas sus vidas, y guarden un eterno y piadoso recuerdo los muchos seres que han salvado de la muerte.

No añadiremos nada más, que las necrologías de hombres como Parrot y Archambault sólo pueden hacerlas las madres agradecidas con un mudo é íntimo dolor.

EL DOCTOR FAUSTO.

ERRORES POPULARES

EL MIEDO EN LOS NIÑOS

Es muy cómodo proclamar que el niño hasta los cinco años no necesita otros cuidados que los de la alimentación y limpieza. Escoger una nodriza de buenas condiciones, procurarse un específico infalible en casos de molestias ó enfermedades, llamar al médico cuando la cosa va apurada, asegurar á los amigos que sentimos muchísimo ver padecer al tierno infante, mostrar gran solicitud y amabilidad con la que sustenta al pequeñuelo, celebrar cuidadosamente la aparición del primer diente, bailar descompasadamente alrededor del chiquitín que se sostiene en pié y aún anda algún paso, vigilar con toda detención las papillas, los juguetes peligrosos, los vestiditos, los paños interiores; gozar, enloquecer con las ocurrencias del niño; hé aquí lo que hacen casi todos los padres con sus hijos. Los gustos, las pasiones ya se han iniciado y aún han adquirido no poco incremento mientras tanto. ¿A qué recurso se apela para contrarrestarlos? Al miedo; las represiones durísimas, el encierro inconsiderado, las amenazas, los golpes, las violencias, el mal trato, son los remedios puestos en práctica para sostener á la obediencia á un sér tiernísimo y simpático. La educación intelectual, somera, sencillísima, pero eficaz, se desconoce ó no quiere ponerse en vigor; tampoco se apela á ese cúmulo de medios indirectos inocentes que las madres pueden improvisar á cada instante para preparar convenientemente la inteligencia del futuro hombre de letras. De ningún modo queremos segar en flor delicados organismos, ni pretenderemos jamás que en los seis años primeros de la vida se atienda más á lo moral que á lo físico; esto sería inconsiderado y demasiado horrible; lo que aconsejamos, lo que pedimos á los padres, es que no transijan por ningún concepto con las pasiones de los niños. La envidia, la gula, la ambición, la ira, etc., desaparecerán echando mano de recursos sencillos, candidísimos, muy variables según las circunstancias, y que aquí, por lo tanto, no pueden mencionarse. No venzáis nunca haciéndoos temer demasiado; no asustéis á los hijos; no convirtáis el hogar doméstico, donde éstos juegan y sonríen, en cárcel terrible, en inquisición fatal. Una cosa es el principio de autoridad, y otra cosa es el miedo. Resplandezca el primero, sí: es útil y hasta absolutamente indispensable; el segundo causa siempre estragos en los niños.

Siempre se lee con respeto el caso ocurrido á un pobre huérfano puesto al servicio de un tío, hombre avaro y despreciable, que le golpeaba y esquilma el alimento. Una noche se creyó conveniente asustar al pequeño con broma bien pesada y terrible. Obligado á acostarse sin cenar, disponfase á entrar en un pobre tugurio que le servía de dormitorio, renegando una vez más de su ingrata suerte y llorando lastimosamente... ve un ataúd iluminado tétricamente, siente espanto, apenas puede dar un grito de horror, y el infeliz queda para siempre sordo, mudo y epiléptico.

Casos parecidos ocurren con extraordinaria frecuencia. Preguntad á los que se dedican á enfermedades de niños las causas del corea ó baile de San Vito. Decidles algo sobre ciertos estados graves que vemos en la infancia, y algo también respecto á erupciones intermitentes y rebeldes. Inquirid igualmente los antecedentes de los que padecen el llamado *mal de corazón*. Todos os dirán que el miedo ha originado no pocas veces estos padecimientos, sobre todo la epilepsia. Esta horrible enfermedad acomete casi siempre á los niños, á los jovencitos. Creo que no es muy frecuente el primer ataque en la edad adulta; los no pocos casos observados por mí me hacen creer esto. Hoy mismo se presentan á mi consideración cuatro jóvenes epilépticos, sobre los que me permitiré hablar brevísimamente, pues este asunto es sumamente importante.

Francisca Serrano, jovencita de trece años de edad, presenta ataques epilépticos no muy frecuentes, que por otra parte nada tienen de particular. De muy niña no gusta asistir á la escuela, y castíganla los padres con dureza; un día hasta la echan en un banco, y con hacha en mano simulan un horrible drama. Grita desesperadamente la niña, promete enmendarse. Al muy poco tiempo sobreviene la epilepsia, y hoy los padres, al solicitar mi visita para esta epiléptica, recuerdan con lágrimas en los ojos aquel aciago día que amenazaron á su hija querida.

Leon Maeso, de veinticuatro años de edad, siendo aún niño, ayuda á sus padres en ciertas faenas domésticas; reconvienénle éstos por su poca pericia, huye y abandona la labor; corre la madre precipitadamente detrás de él, no logra darle alcance, y entonces, furiosa y descompuesta, dice va á llamar la Guardia civil. El chico se impresiona mucho y vuelve humilde á su labor. Al mes asoma su horrible faz la epilepsia.

Manuel Parra, joven de diez y nueve años (hoy loco furiosísimo el infeliz), juega de pequeño con un primo suyo, también niño. Vienen reconvenciones, pasan á las manos, huye el primero, vuelve la cabeza, y casi se ve ya arrollado por el compañero, que se dispone á tirarle una piedra. Á los treinta días, en medio de la calle, sin conocer nada, sin prever nada, vése acometido por un accidente epiléptico muy graduado.

Una hermosa niña de un empleado de Palacio es víctima la desdichada de ataques epilépticos frequentísimos. No se sabe si el miedo ha originado también aquí el mal, aunque todo hace presumirlo, según manifestación de los padres.

Yo no tengo inconveniente, y hasta tendré singular placer, en detallar estos y otros casos de epilepsia si algún profesor dedicado á esta especialidad importantísima desease materiales para vigorizar su estadística; mas viniendo cuanto antes á nuestro objeto, ¿no debe atemorizar todo esto á las madres? ¿castigarán aún cruel y despiadadamente á los hijos? ¿serán madrazadas con el nombre de madres?

Para que no caigan en tan lamentable exceso y se hallen en condiciones de educar como es debido á los niños, anotaremos unas pocas é importantes reflexiones sobre el particular.

Conviene no invocar á cada paso el bú, el coco y otros fieros espectros.

Tranquilidad, silencio, hasta apariencia de calma y sosiego cuando veais caer ó tropezar moderadamente á los niños.

Echad á paseo á los criados, madrinas y niñeras cuando quieran amedrentar, dormir ó hacer callar á los chicos con las funestísimas palabras: *chist, que viene, que te lleva*, ú otras tan cándidas, pero dichas á propósito en tono demasiado dramático.

Nada de palmadas, ruidos lúgubres, pisadas y golpes en las puertas con el objeto de asustar á medias á los hijos cuando están sin luz en las alcobas ú otras habitaciones, ó cuando caminan valientes y sonriendo por pasillos ó cuartos oscuros.

No alboroteis, no sorprendais ruidosamente al pequeño que se encierra quizá en un gabinete para hacer pedazos un juguete ó para descifrar el problema del movimiento de un maniquí que le compraron.

Alejaos de vuestros hijos si os encontrais de muy mal humor ó creéis inminente una riña ruidosa. Se asustarían mucho con ser espectadores de ciertos dramas familiares, y sufrirían horriblemente, no lo dudeis.

No discutais demasiado con los niños, no los expliqueis todo, no respondais á cuantas preguntas os hagan, no satisfagais todos sus caprichos aunque sean inocentes. Sereis víctima entónces de su insaciable curiosidad, de sus no pequeñas excentricidades, de sus abrumadoras preguntas; pareceréis eternos maniquí dispuestos á divertir á los niños, sin adelantar por otro lado absolutamente nada respecto á la educacion intelectual, que no puede desarrollarse hasta más tarde, y si sólo *prepararse*, digámoslo así, para funcionar después con pocas, sencillas y muy pertinentes observaciones.

Sustituid los cuentos horripilantes, las leyendas tétricas, los brujos y aparecidos, con la caza, la gimnasia, el juego de billar, el de pelota y otros.

¿Se cierra una puerta con gran estrépito? ¿Se oye extraño ruido en la pieza inmediata? ¿Ocurre una desgracia pequeña en la calle? ¿Temeis algo? Hacedos valientes, no prorrumpais en llanto, no pidais proteccion, que por lo impertinente sería ridícula: reformad poco á poco eso que dais en llamar genio nervioso. ¿No veis que lo presencian todo los niños? ¿No comprendéis que tambien vacilan y se hacen pusilánimes?

Reprende á los hijos, mostraos severos con ellos, cartigadles tambien si es absolutamente necesario; pero con cierto tacto, con prudencia, con no excesivo rigor, estudiando siempre todos los detalles que influyen favorable ó desfavorablemente en el ánimo del pequeño infante, nunca echando mano de castigos duros ó poniendo en juego fatídicos fantoches. Esos hombres hechos y derechos que vacilan en todos sus actos, que no afrontan los pequeños peligros de la vida, que ceden vergonzosamente á ciertas exigencias sociales, han sido intimidados cuando eran niños con el Bú, Pateta (un señor tambien bastante terrible) y otras funestas excentricidades; han oido hablar demasiado de fantasmas, ladrones, entierros y hombres tra-

ganiños; han sido, en fin, estrujados y adormidos entre amenazas y cánticos tristes.

¿Lloran vuestros hijos? ¿Os abruma y desespera con sus gritos? Estais cansados de castigarlos, ó no quereis, por el contrario, encerrarlos ni ponerles las manos? Dejadles, no les hagais caso: aparentad calma, seguid en vuestras más insignificantes ocupaciones habituales sin preocuparos de ellos; es más, haced comprender al niño que os tiene sin cuidado su lloro; siga esta penitencia (porque no es menuda) unos días, y la decoracion habrá cambiado por completo, se habrá tornado el lloron humilde, callachon y hasta muy amable. Es una práctica engorrosa, algo larga, que hace desconfiar al principio, pero que hay que seguir á todo trance, porque, á la verdad, puede resistirse un niño envidioso, dominante, destructor y hasta desaseado; pero nada hay tan insoportable como un eterno y rutinario lloron.

DR. MARIN PERUJO.

PRECEPTOS DE LA CIENCIA

EL MES DE SETIEMBRE

Empiezan á sentirse oscilaciones rápidas en la temperatura, sobre todo á mediados de mes, y esto, unido á las lluvias que abundan en las provincias del Norte, obligan á resguardar á los niños de estos rápidos cambios, así como á separarles de una humedad perjudicial, sobre todo á los escrofulosos y linfáticos.

La profusion de frutas, que incita á comerlas con exceso, debe ser una causa de exquisita vigilancia por parte de los padres, no sólo por los trastornos intestinales que pueden producir, sino tambien por los accidentes que á veces ocurren si no se reprime con energía la voracidad de algunos niños.

Aquellos que han padecido durante el pasado mes la tos ferina, que ha reinado casi epidémicamente, deben ser objeto de muchos cuidados á fin de evitar complicaciones pulmonares más ó menos graves, pero siempre importantes.

AFORISMOS INFANTILES

El niño revela con el lenguaje del sufrimiento los males ocultos del padre, de la madre ó de la nodriza, pagando alguna vez con su vida la revelacion del secreto.

*
*
*

El niño que no se distrae, ni juega, ni ríe en los dos primeros años de su vida, se halla en el propio caso del arbolito que no echa hoja ni flores en la primavera.

*
*
*

Cuando un niño amable y cariñoso en estado de salud cambia de carácter á los pocos días de haber

contraído una enfermedad, y araña ó pellizca al médico que le pulsa, puede asegurarse que la afección se ha fijado ó va á fijarse en el cerebro.

En las enfermedades de los niños el médico observa y aprecia los fenómenos objetivos, y la madre descubre y adivina los subjetivos.

La indigestion es el *introito* de la mayor parte de las enfermedades graves que suelen padecer los niños.

Ninguna madre cariñosa debe permitir que sus hijos de corta edad se sienten á la mesa en que haya manjares que no pueden comer los niños. Así les ahorrarán el sentimiento y el llanto que naturalmente ha de causarles la prohibicion de comerlos.

El niño que se aparta de su madre para ir convidado á comer á casa de algun pariente ó amigo, deja de estar bajo la proteccion de la diosa de la salud.

Las fuertes emociones que sufren los niños en los espectáculos públicos, son descargas eléctricas que estallan en el estómago ó en el cerebro.

El hijo único es para sus padres un manantial perenne de temores y zozobras: es un naufrago asido á una tabla que lucha cerca del puerto con las encontradas olas del mar.

Cuando el hijo único tiene calentura están moralmente enfermos sus padres y sus abuelos, y por simpatía hasta los dependientes y criados de la familia.

DR. BENAVENTE.



LOS NIÑOS EN LA ESCUELA

LAS ENFERMEDADES CONTAGIOSAS Y SUS SÍNTOMAS

Los maestros necesitan conocer en qué casos deben aislar sus discípulos afectos de enfermedades contagiosas, prestando, no sólo un gran servicio á las familias, muchas veces ignorantes ó descuidadas, sino tambien á los restantes niños que les han sido confiados. Cuántas veces preguntan los médicos, aún á los mismos enfermitos cuando tienen edad para responderles y se hallan en estado de hacerlo: — «¿En tu colegio se puso alguno malo estos días?»

¡Qué disgusto para la familia, y qué angustia

para los profesores cuando el contagio ha tenido lugar en ese segundo hogar llamado escuela!

Por esto creemos de utilidad apuntar en LA MADRE Y EL NIÑO, que cuenta entre sus favorecedores no pocas maestras y maestros, los principales preceptos, que éstos no deben olvidar, ya aceptados por la ciencia.

Como uno de los síntomas principales que acompañan la mayoría de las enfermedades contagiosas, daremos algunos consejos respecto á la

PIEBRE

I. Cuando un niño propende al sueño, presenta los ojos cargados, rojas las mejillas, sudorosa la frente, escalofríos y bostezos, mal humor y pocos deseos para el trabajo, en vez de castigarle por su supuesta pereza conviene no fatigar su cerebro, separarle del ruido y proporcionarle descanso en tanto que vienen á buscarle.

II. En dichas condiciones será separado inmediatamente de sus compañeros, sobre todo si reinan fiebres eruptivas á la sazón.

III. En caso de que la fiebre sea ligera se proporciona al niño con la conducta expresada un gran beneficio, y de no ser así se hace á los demás mucho bien.

IV. Si el niño se quejara en alta voz, delirase ó presentara vómitos, siendo la temperatura del pecho ó de la cara muy intensa, debe llamarse seguidamente á la familia.

V. Los síntomas expuestos, en union de la frecuencia del pulso y su dureza, que una persona medianamente instruida puede reconocer fácilmente, indican claramente la fiebre.

VI. Convendrá que todo maestro, al volver á admitir un niño en el colegio despues de haber estado enfermo, se cerciorase por el facultativo de la Beneficencia ó el de la familia de la perfecta inocuidad del pequeño.

VIRUELA

VII. Todo niño debe presentar á su entrada en la escuela el certificado de vacunacion, haciéndose esto con igual severidad en los colegios particulares.

VIII. Los síntomas principales son fiebre, vómitos y dolores en los riñones.

IX. La erupcion empieza por lo comun en la cara por manchas más ó menos numerosas, apenas salientes, que se convierten en pústulas, y más tarde en costras.

X. Estas deben haber desaparecido del todo ántes de que el niño vuelva al colegio, siendo muy conveniente que se haya bañado varias veces.

XI. Todo niño mayor de diez años deberá revacunarse.

XII. Es falso que la vacuna favorezca la viruela en tiempo de epidemia, como creen muchos.

VARICELA Ó VIRUELA LOCA

XIII. Aun cuando ménos grave es de alguna importancia, caracterizándose por ampollas del tamaño

de un guisante, llenas de un líquido claro como agua, que se enturbia y se pone como sanguinolento, y termina por costras. La fiebre es ligera.

XIV. La erupcion va precedida de ligeras manchas rosáceas, y á veces se reconoce, aún cuando no haya manifestaciones características por el cuerpo, en que existen en la cabeza costras ó ampollas.

SARAMPION

XV. El malestar, la fiebre, los estornudos repetidos, el lagrimeo y enrojecimiento de los ojos, la tos bronca, y á veces diarrea y sangre por las narices, son los síntomas preliminares del sarampion.

XVI. La erupcion aparece por la barba y cara, estando caracterizada por manchas de color de rosa, irregulares y poco salientes, que ganan todo el cuerpo, hasta cubrirle á veces del todo, dejando pequeñas porciones de piel intacta, pálida y de forma irregular.

XVII. Es muy contagiosa pero benigna, siendo de temer las complicaciones.

ESCARLATINA

XVIII. El malestar y la fiebre son mayores en esta erupcion; la piel parece que quema y está muy seca; se quejan de dolor de garganta y tienen vómitos.

XIX. La erupcion es de color rojo cereza; al pasar el dedo por las placas queda una señal blanquecina. A veces se ven puntitos rojos salientes que parecen cabezitas de alfiler, así como las articulaciones están dolorosas á la presion.

XX. Es una de las enfermedades de marcha más anormal, pudiéndose presentar complicaciones gravísimas con gran rapidez.

XXI. La escarlatina es muy contagiosa. Es preciso que trascurren lo ménos seis semanas despues de terminada y ántes de que el niño se relacione con otros.

XXII. Se comprueba su existencia, por muy efímera que haya sido, en la descamacion de la epidérmis, que es por grandes placas.

(Continuará.)

EL NIÑO EN LA PLAYA

«Es indispensable sacar el niño de este medio funesto, quitarlo al hombre, darlo á la Naturaleza, hacerle aspirar la vida en las brisas del mar.»

(MICHELET.)

Nada tan imponente como la ola que se estrella en la roca, ni nada tan débil como el niño que se sienta en la playa; es la flor junto al huracan, es un ángel frente á un monstruo.

Pero el niño, que primero se estremece y llora, y receloso oculta su rostro en el seno de su madre, va poco á poco dominando con su inquieta mirada el vasto horizonte, percibe con agrado y hasta trata de imitar con su débil voz el mugido de las olas, y llega á mostrar su frente risueña á la sala-

da brisa con que el mar va á fortalecer su organismo.

Luégo se aleja de su madre, se acerca al agua, y al ver cómo la ola corre hácia él, huye á toda prisa, y alegre y jugueton vuelve á su madre lleno de placer, y ya se atreve á recoger las pequeñas conchas que las olas dejan en la arena, con las que piensa obsequiar á sus hermanitos cuando al hogar vuelva.

Al otro día determina la madre bañarle.

No es fácil el engaño; el niño vuelve al llanto y á los estremecimientos del primer día, se agarra á su madre, grita, patalea; pero, á pesar de todo, el agua humedece su cuerpo; entónces un escalofrío parece que paraliza el niño, su rostro palidece ó adquiere un ligero tinte amoratado, su respiracion se acorta y hasta un pequeño temblor agita su mandíbula; la madre, en un rasgo de sentimiento, quisiera sacarle del agua y templarle al calor de su pecho; pero no, la reaccion viene pronto, el rostro del niño tórnase sereno; parece que un rayo del sol brota de sus llorosos ojos; un bienestar dulcísimo reemplaza al estremecimiento del escalofrío, y con fácil respiracion habla, siente algo agradable que le halaga el cuerpo, y el color de sus mejillas, el brillo de sus pupilas y la movilidad con que bate el agua con sus manitas, revelan el placer y dicen bien claro que aquel débil organismo revive.

Dado este baño, que no debe prolongarse mucho, recibe el niño el sol vivificador que cae en la playa, y más ágil ensancha su pecho, que aspira con vehemencia aquella aura marina que vigoriza su pulmon, que nutre su organismo, fácil despues del baño á la absorcion; y ya aquel ángel, casi hombre, mira á aquel monstruo, casi compañero, con gratitud y cariño, y juega en la playa con las ondas del mar como con los rizos de su madre en los brazos de ésta.

Despues de algunos baños y paseos en la playa, estos seres débiles y enfermos entran en el mar batiendo el agua y avanzan resueltos á las olas, hallando más tarde tan notable alivio, que comen con avidez, digieren con facilidad, duermen profundamente, y duras sus pálidas carnes, fuerte su pulmon, vigorizados sus miembros, cantan y rien, juegan y se divierten, y tornan llenos de vida á sus hogares, donde perecerían en esos largos y húmedos inviernos de las montañas si no fuera aquella hermosa playa donde en las mañanas de estío contemplan al imponente mar que los enseña á ser intrépidos, al lejano horizonte que en el infinito se pierde y que parece ilumina su inteligencia haciéndoles concebir; aspiran aquella benéfica brisa, que, como si estuviera impregnada de besos de hadas,

acaricia sus pálidas mejillas, las da calor y purifica su organismo pobre y enfermizo; se recrean en aquel sol, no más poético en verdad que el de la montaña, pero que, filtrado en aquella atmósfera de vida, da más luz á aquellos ojos apagados por la enfermedad; y, en fin, se bañan en aquellas aguas que, pasadas por tan diversos terrenos minerales, saturadas por mil plantas marinas, ricas en principios iodados y en eterna agitacion, llevan en sí los elementos que han de constituir y volver á la vida á tantos seres que, debilitados por mala lactancia, larga convalecencia ó crecimiento prematuro, empobrecidos por escasa alimentacion, enfermos por vivir en sitios húmedos ó mal ventilados, ó ya engendrados en la escrófula ó hijos del linfatismo, necesitan para vivir y ser hombres de aquel aire, de aquel sol, de aquella frescura y de aquellas aguas.

ELADIO G. JOVE.

Labiana, Oviedo 1883.

JUNTO Á LA CUNA

LA CUNA

Misterio es el nido,
misterio es la cuna,
y misterio ese polvo de estrellas
que cubre del cielo la bóveda augusta.

Misterio es la vida,
misterio es la tumba;
son hermanas la vida y la muerte,
sepulcros son sólo los nidos y cunas.

El sér, cuando nace,
es luz que hoy alumbra,
y ayer era la sombra, y mañana
de nuevo en la fría tiniebla se oculta.

Mas todo no muere,
ni todo se anula:
como bajo la concha la perla,
el alma del hombre se encierra en la cuna.

EMILIA PARDO BAZAN.

LA MUERTE DE UN DELFIN

BALADA EN PROSA

El Delfín está enfermo, el pobre Delfinito se muere. En todas las iglesias del reino el Santísimo Sacramento está de manifiesto día y noche, y arden grandes cirios para la curacion del regio infante. Las calles de la antigua residencia están tristes y silenciosas, las campanas no suenan, los coches no andan. En las cercanías del palacio los burgueses curiosos contemplan á traves de las verjas á los suizos tripudos con sus trajes dorados, que charlan en los patios dándose importancia.

Todo el palacio está en movimiento. Los cham-

belanes y mayordomos suben y bajan, corriendo por las escaleras de mármol... Las galerías están llenas de pajes y cortesanos con trajes de seda, que van de grupo en grupo á atisbar noticias en voz baja. Sobre los anchos peristilos, las damas de honor, afligidísimas, se saludan con grandes cortesías, enjugando sus ojos con pañuelitos bordados.

En la estufa hay junta de médicos con toga. Se les ve á traves de los cristales agitar sus mangas negras, moviendo doctoralmente sus amplias pelucas.

El ayo y el escudero del Delfinito se pasean delante de la puerta esperando las decisiones de la Facultad. Algunos marmitones pasan á su lado sin saludarles siquiera. El señor escudero jura como un pagano; el señor ayo recita versos de Horacio. Y mientras tanto, del lado de las cuadras se oye un prolongado y quejumbroso relincho. Es el alazan del príncipe, á quien los palafraneros han olvidado, y gime tristemente ante su pesebre vacío.

¿Y el Rey? ¿Dónde está S. M. el Rey? El Rey está solo, encerrado en una cámara á un extremo del palacio. Las Majestades no gustan se les vea llorar. En cuanto á la Reina es otra cosa. Sentada á la cabecera del Delfinito, tiene su hermosa cara bañada en lágrimas, y solloza á gritos delante de todos como lo haría una tendera.

En su camita de encajes, el Delfín, más blanco que las almohadas sobre que reposa, descansa con los ojos cerrados. Creen que duerme, pero no. El Delfín no duerme... Se vuelve á su madre, y al ver que llora, dice:

— ¿Por qué llora S. M. la Reina? ¿Creeis, como los demás, que voy á morir?

La Reina quiere responder, pero los sollozos la privan de la palabra.

— No llore Vuestra Majestad; ¡olvidais que soy Delfín, y que los Delfines no pueden morir así!

La Reina solloza más fuerte aún, y el príncipe, que empieza á asustarse, exclama:

— Hola, no quiero que la muerte me lleve, y he de impedir que llegue hasta aquí... Que vengan en seguida cuarenta arcabuceros muy fuertes para hacer guardia alrededor de mi cama. Que cien cañones de los mayores velen de noche y día con las mechas encendidas bajo mi ventana. Y ¡ay de la muerte si se atreve á ocuparse de nosotros!

Para complacer al regio infante la Reina hace una señal. En seguida se oyen rodar cañones por el patio de honor, y cuarenta arcabuceros con armas al brazo se colocan en derredor de la cámara. Son viejos soldados con bigotes grises.

El Delfín aplaude al verlos. Reconoce á uno y le llama:

— ¡Lorrain. Lorrain!

El veterano da un paso hacia la cama.

— Te quiero mucho, querido Lorrain... Enséñame tu gran sable... Si viene la muerte á cogerme, no dejarás de matarla, ¿verdad?

Y responde Lorrain:

— Sí, Monseñor — en tanto que dos grandes lágrimas se deslizan por sus mejillas curtidas.

En este momento el capellan se acerca á la cama y habla al Delfin mucho tiempo en voz baja, enseñándole un crucifijo. El príncipe escucha como asombrado, y de pronto le interrumpe diciendo:

— No comprendo bien lo que me decís, señor cura; pero, en fin, mi amiguito Beppo, ¿no podría morirse en mi lugar dándole mucho dinero?

El capellan continúa hablándole en voz baja, y el Delfin se asombra más y más. Cuando aquél termina, el Delfin prosigue, lanzando un gran suspiro:

— Todo lo que me decís está muy bien; pero me consuela una cosa, y es que allí arriba, en el paraíso de las estrellas, seré todavía Delfin... Ya sé que Dios es primo mío, y no dejará de tratarme con arreglo á mi cuna.

Y añadió, volviéndose á su madre:

— Decid que me traigan los mejores trajes, mi capa de armiño y mis escarpines de terciopelo; quiero que me envidien los ángeles y entrar en el paraíso vestido de Delfin.

Por tercera vez el capellan se inclina hacia él y le habla mucho en voz baja... En medio de su discurso, el regío infante le interrumpe colérico:

— Pero entónces — exclama — ¡el ser Delfin es lo mismo que no ser nada!

Y sin querer oír más, el niño se volvió hacia la pared y rompió á llorar amargamente.

ALFONSO DAUDET.

CUADROS REALES

UN DRAMA CONTEMPORANEO (1)

A LA GENTIL ISABEL ROMA RATAZZI

I

A juicio de mis hijos coincidió con mi ausencia, y en mi propia casa, un acontecimiento mitad solemne, mitad extraordinario, del que procuraron ellos informarme á todo trance y con gran premura justamente el mismo día de mi regreso de los baños.

Figúrense Uds. que un amigo (por vía de obsequio) tuvo la peregrina idea de enviarnos dos huéspedes enteramente desconocidos por indefinido tiempo;

¡famosa ofrenda! Los recién llegados constituyan una pareja encantadora, si bien de costumbres excesivamente primitivas. Más tarde tuve referencias sobre la familia de *ella*, que no fueron absolutamente recomendables, pues á lo que parece su señor papá fué recluido en una torre por infringir el séptimo precepto del Decálogo, y aún *ella* misma, en no lejana época, fué capturada por habérsele justificado algunos secuestros contra seres de mansedumbre probada. Méenos afortunado que *ella* su hermanito y auxiliar, pereció fusilado en el campo (no del honor) sino del Moro; y aunque yo protesto contra la ley comun que vierte la mancha de los padres sobre la inmaculada frente de los hijos, declaro también que no me fué agradable en aquella ocasion emplear tan mal la hospitalidad; hoy desapasionadamente considero que si uno se constituyera en inexorable espartano, ese intolerante rigorismo nos condenaría á vivir solitos cual el faro de Malta ó como la aguja de Cleopatra.

Por no haber nada malo en absoluto resultó que nuestros forasteros se mostraron, ya por continencia natural, ya por hábito, tan frugales en sus comidas y tan modestos en sus aspiraciones, que *ellos* mismos se albergaron en el rincón de un desvan *soi-disant* palomar, no obstante que *ella* venía necesitada de algun *confort*, puesto que se hallaba á punto de ser madre, y lo fué efectivamente, pero sin melindres, aprensiones, ni ostentacion, y de dos graciosos gemelos, circunstancia que acrecentó poderosamente el interés y los cuidados de toda mi familia hacia la de *ellos*.

Pero como quiera que no existen dichas cumplidas, pronto se dieron cuenta todos de que la interesante consorte no era precisamente como madre, no diré una Niobe, ni siquiera una Cornelia (la de los Gracos), y como esposa la separaba un abismo de la reina Juana de Castilla; en fin, su vida no podía resultar edificante en las altísimas regiones donde comenzaban ya á girar, ni aún tampoco dentro de su mismo camaranchon; no era éste el mal único, sino que la ligereza de *ella* estaba en contraposicion abierta con la rigidez y gran sentido moral de su consorte, divergencia que amenazaba el divorcio como única solucion para ambos. ¡Claro, si ella había dado tanto que decir en la vecindad! Pero no nos anticipemos á los hechos, y comencemos ordenadamente la narracion de los primeros.

Los abusos de ella (según me afirman) comenzaron trasformando su democrática despreocupacion en la más aristocrática insolencia; pues no bien oía el roce del cristal, el choque de los cubiertos, el barajar de los platos, el arrastre de las sillas, corría al comedor, y con inexcusable glotonería, ora probaba las frutas, ora revolvía los dulces, ó bien se lavaba la cabeza con el agua ya servida en las copas. La criada ponía el grito en el cielo; pero ella hacía oídos de mercader, hasta si la decía: «¡Bigardona! ¡Mala madre! Que aunque tus hijitos se desgañiten llamándote, ni los escuchas, ni los miras, ni los sustentas; gracias á que el Juan Lanás de su padre es nodrizo y niñero en una pieza, que si no ya habían fenecido»; y durante la filípica la acusada se ponía á tomar el sol como diciendo: «Ahí me las den todas.»

(1) Artículo escrito expresamente para la revista LA MADRE Y EL NIÑO.

La pérfida, que digo la gentil seductora, ningún rasgo llevaba sobre sí que le imprimiese el sello de su cruel condición; mostrábase invariablemente digna, y aún á veces vergonzosa: tierno era su mirar, dulce su aspecto, de inmaculada castidad su vestidura; nada, otra Ofelia. ¡Qué candor, qué modestia, cuánta sencillez! Se conoce que también la Naturaleza se complace en presentarnos con pérfido esplendor las mayores mixtificaciones.

A todo esto, yo, el día de mi regreso, intenté sustraerme á la inmediata visita que me impuso la tiranía de mis hijos. ¡Venía yo tan rendida! Pero decláranme irremediamente que debía verlos *pronto*, *en seguida*, previas las precauciones de rigor, pues los recién nacidos se mostraban con todo el mundo huraños y espantadizos. ¡Qué precocidad! Ello fué que, quieras ó no, subí al piso alto, donde tenemos parte de nuestra vivienda de invierno.

—¡Mamá, mamá! Por aquí... hacía la cocina. ¡Allí están los palomos! —me gritaron á coro mis Colones, Corteses, Magallanes y Pizarros. —Por fin dije ¡palomos! Y por fin traicioné mi secreto; no espero, sin embargo, que mi indiscreción les condene á vuestra indiferencia; porque si bien la paloma en la escala zoológica ocupa un lugar modesto, sus tradiciones mitológicas, bíblicas y contemporáneas la colocan hasta por encima de la cabeza de cuanto existe de más venerable y venerado; la paloma hízose gloriosa y necesaria en todos casos, ya en las mayores catástrofes, incluso el sitio de París, ya en el cataclismo del diluvio universal; la paloma, repito, ora transporte el carro de Vénus, ora ostente en su pico la pluma de Teresa de Jesús como enseña espléndida de su religión cristiana, de su ingenio femenino, resulta interesante.

Quedamos, pues, en que cuatro descubridores me anunciaron la presencia de los palomos en la cocina en ocasión que la familia allí mismo terminaba su almuerzo no lejos de un conventual fogón á la francesa, frente á una fuente copiosa y á corta distancia de la amplia carbonera. Dicha habitación recibe aire y sol por una ancha ventana abierta sobre el tejado y al medio día clavadita. Lo primero que atrajo mis miradas fué el mal afortunado y heroico padre, injustamente calificado de Juan Lanás. ¡Qué fácil es confundir la abnegación con la necedad!

Estaba encaramado en el poyo, circunstancia que para nada amenguó la dignidad natural de su reposado continente, mientras vigilante observaba á los almorzadores (pase el adjetivo), que era previsor como un alemán y prudente cuanto un pasiego. Quizá no le era desconocida la malignidad de los hombres, esto en cuanto á lo moral; ahora digamos algo de su gallarda individualidad. Predominaba en su plumaje un gris clarísimo y aterciopelado, delicadas tintas matizaban la parte superior de sus alas, proyectando vistosas hombreras de un violeta encendido entreverado con reflejos de oro.

Mostraba con gentileza en su flexible y esbelto cuello un collar natural de irisados cambiantes, y sobre él gallardeábase una cabecita quizá demasiado pequeña,

muy vivaz, y en casos animadísima por el encendido anillo esclerótico de sus ojillos, ó muy perspicaces ó demasiado inocentes. Sin embargo de tanta belleza, él no parecía engreído con sus prendas físicas como el pavo real, aunque en él resplandecía el mayor aseo y pulcritud. Súbitamente oímos el piar desesperado de la cria semiabandonada no lejos de nosotros. Verdaderamente que quién sino los racionales desamparan la cuna del hijo por el festín del amigo. ¿Pero había él de empollar siempre porque la concupiscente se recrease? ¿Debía él, sólo él, en la época de la incubación, estar clavado en el nido? Exigirle que no se perdiera una puesta de huevos, era tanto como declarar en las Cortes que las instituciones de San Balandran son las solas respetables; sospecho que el palomo no consideraría esto mismo que yo; pero al apercibirse de que su hembra, posada en el borde de una cacerola, comía ávidamente arroz á la milanese, de un solo vuelo lanzóse contra ella y la derribó dentro de la cacerola, no sin gran detrimento de su alba vestidura. Las iras del palomo me llenaron de admiración. Rehecha del susto su compañera, fué á refugiarse en el hombro de una de las niñas; pero ni aún allí la respetó él: necesitaba arrojarla, y para lograrlo nada omitió: giros, pechugones, aletazos, picaduras, quejas, entradas, salidas, paradas, retornos, rasguños y plumas esparcidas; ella se defendía como un buitre. Aquella brutal contienda de reservada y alta gravedad, consternó á mis chicos hondamente.

Los pichones, quizá desde su soledad, oyeron la escaramuza de los autores de sus días, ó bien, instigados por las irritantes punzadas del hambre, redoblaron sus plañideras protestas; me pareció, en fin, como que el padre se estremecía, y lanzando una mirada encendida á la desnaturalizada madre, se llevó un poco de arroz del que quedaba, esperando con él calmar el sufrimiento de los polluelos, lográndolo con trabajo. A todo esto ella voló hasta un perol, y allí se fijó con toda su olímpica serenidad. ¡Lástima de gavián! Era el caso de desplumarla viva; pero yo me reprimí para juzgar con absoluto conocimiento de causa, y me limité á entrar con gran precaución en el chiribitil aprovechando una de las salidas del padre, que acarrea provisiones para sustentar á su prole hasta la saciedad.

Dentro de una canastilla de asa que pendía de una escarpia ví un como turbante de cáñamo, y en el medio, sumergidos hasta el pecho, á los dos peladillos, solos, ateridos, hambrientos, impotentes para todo, excepto para el sufrimiento, haciéndome recordar á esos niños tristes, enfermos, que vemos tiritar dentro del mar.

No cesaban los mellizos de revolverse uno contra otro sin cerrar el pico, que á guisa de tijereta elevaba al cielo en justa demanda, que, amén de haber nacido en invierno, se hallaban en cañones y el cuerpecillo escualido; lo único que en ellos era excesivo era el volumen de sus motilonas cabezas, que á grandes penas soportaba un cuello encanijado. Observándoles estaba desde un rollo de estera (solio de sus mayores) un gatazo atigrado, monacal, gordo, rozagante. Su mirada fija y glacial, multiplicaba los tiritones de los desvalidos hermanillos.

Exigua era en verdad la presa codiciada por la gula de aquel voluptuoso estómago; en fin, excentricidades de *gourmet*. Yo, preventivamente, al tal le descargué un enérgico puntapié obligándole á salir de un solo respingo, eso sí, hecho una fiera entre furiosos bufidos. Al verle cruzar tan de cerca uno de los pichones, estuvo á punto de desmayarse; pero en aquella sazón volvía el padre, y su aparición les reanimó, y hasta un rayo de sol fué á dorar el roscon de cañamo, desde donde ellos agitaron sus aloncillos como tendiéndole amorosos brazos; el palomo con tiernos trasportes correspondió á sus caricias, en seguida cobijóles bajo sus protectoras alas, y al dulce abrigo paternal se adormecieron los pobrecillos con el regalado sueño del niño sano, que reposa en el regazo maternal; en tanto el padre velaba sin apartar los ojos del sitio por donde acababa de fugarse el gato atigrado, su terrible enemigo. ¡Temía tanto el pobre por la seguridad de sus hijuelos!

LA CONDESA DE LOCATELLI.

(Se concluirá.)

LOS PURITANOS

(NOVELA)

(Conclusion.)

Mientras conversábamos de esta suerte, íbamos caminando sosegadamente por las calles. Para evitar el encuentro con cualquier pariente ó conocido de la niña, procuré seguir las ménos principales. Teresa iba cogida á mi brazo como al de un antiguo amigo, hablando sin cesar, riendo, sacudiéndome á veces fuertemente y deteniéndose á lo mejor delante de un escaparate para hacerme mirar cualquier chuchería. Su charla era un gorjeo dulce, insinuante, que me conmovía y refrescaba el corazón; á impulsos de ella se fué disipando poco á poco el tropel de pensamientos péfidos que vagaba por mi cabeza. Sin saber de qué modo también desaparecieron todos mis temores; me figuraba que aquella niña tenía algún parentesco conmigo, y no hallaba extraordinaria y peligrosa nuestra situación como al principio. Su inocencia era un velo espeso que nos impedía ver el riesgo que corríamos.

En poco tiempo me contó una infinidad de cosas. Era de Jerez; no hacía más que un año que estaban en Madrid establecidos; su papá ocupaba un alto empleo; tenía dos hermanitos y una hermanita. Acerca del carácter y costumbres de cada uno de ellos se extendió considerablemente; la hermanita era muy buena niña, amable y obediente, pero los chicos insufribles; todo el día gritando, ensuciando la casa y peleándose. Su mamá le había dado jurisdicción sobre ellos hasta para castigarles; pero no quería usar de ella porque tenía miedo que le perdiesen el cariño: que la mamá se arreglara como pudiese. Después habló del papá, que era muy serio, pero muy bueno; lo único que la tenía apesadumbrada era que parecía querer más á los chicos que á ellas. La mamá, en cambio, mostraba predilección por las niñas. Habló después de las primas de la calle de Fuencarral; una era muy

bonita, la otra graciosa solamente; las dos tenían novio, pero no valían cuatro cuartos; chiquillos que todavía estudiaban en el Instituto. Tenían además un hermano, que era el primo que había sido su novio; éste ya era bachiller, y se estaba preparando para entrar en el colegio de Artillería. De vez en cuando, en los cortos intervalos de silencio, levantaba graciosamente la cabeza, preguntándome:

— ¿Va Ud. á gusto conmigo? ¿Le estorbo?

Y cuando me oía protestar vivamente contra semejante duda, su rostro expresivo se iluminaba de alegría y continuaba hablando.

Habíamos recorrido algunas calles. Ya puede usted imaginarse que yo iba gozando como los ángeles en el paraíso, y pendiente de los labios de aquella niña que, al referirme todas las nonadas infantiles de su vida, parecía infundir en mi alma encantada la ciencia de la dicha. Sin embargo, no podía desechar cierta vaga inquietud que turbaba mi alegría. Buscando manera de pasar las horas de que disponíamos más dignamente que vagando por las calles, tropezamos al bajar la cuesta de Santo Domingo con el Teatro Real. Al instante se me ocurrió la idea de entrar. Teresa la aceptó inmediatamente, y á fin de que no reparasen en nosotros tomamos entradas de paraíso. Se cantaba *Los Puritanos*, y aquél rebosaba de gente; de suerte que nos costó algún trabajo introducirnos y escalar uno de los rincones; pero al cabo llegamos. Teresa se encontró admirablemente, y me pagaba los trabajos que había pasado para llevarla hasta allí con mil sonrisas y palabras amables. Mientras subían el telón seguimos charlando, aunque muy bajito; se había establecido entre nosotros una gran intimidad, y me abandonó una de sus manos, que yo acariciaba embelesado. Cuando empezó la ópera dejó de charlar y se puso á atender tan decididamente, que á mí me hizo sonreír el verla con la cabecita apoyada en la pared y los ojos extáticos. Sabía música, pero había ido al teatro pocas veces; así que las melodías inspiradas de la ópera de Bellini le causaban profunda impresión, que se traducía por un leve temblor de las pupilas y los labios. Cuando llegó el sublime canto del tenor que empieza *A te, oh cara*, me apretó con fuerza la mano, exclamando por lo bajo: — ¡Oh qué hermoso! ¡oh qué hermoso! Después me hizo explicarle lo que pasaba en la escena: halló el matrimonio del tenor y la tiple muy proporcionado, pero compadecía de veras al barítono, á quien birlaban la novia; quedó sumamente contrariada cuando al fin del acto el tenor se ve en la precisión de acompañar á la reina y dejar abandonada á su futura, y declaró resueltamente que ésta era una conducta indigna.

— Pero advierta Ud. que estaba obligado á hacerlo porque era su reina quien se lo pedía.

— No importa, no importa; si la quisiera bien no hay reina que valga. Lo primero siempre es la novia.

No me fué posible arrancarle tan extraña teoría de la cabeza. Después que bajó el telón permanecimos en el mismo sitio, y me obligó á contarle mi vida y milagros, cuántas novias había tenido, á quién había que-

rido más, etc., etc. Ya comprenderá Ud. que necesité ensartar un sin fin de patrañas. Despues, sin motivo alguno serio, manifestó rotundamente que todos los hombres eran ingratos. Yo me atreví á apuntar que había excepciones; pero no fué posible hacérselo reconocer.

— Usted será lo mismo que todos (anunció en tono profético y mirando á un punto del espacio); me querrá Ud. un poco de tiempo, y despues... si te ví no me acuerdo.

¡Qué rato tan delicioso, y tan infernal á la vez, me estaba haciendo pasar aquella niña! Para llevar la conversacion á otro punto le pregunté:

— ¿Cuántos años tiene Ud.? Hasta ahora no me lo ha dicho.

— Tengo... tengo... mire Ud., yo siempre digo que tengo catorce, pero la verdad es que no tengo más que trece y dos meses... ¿y Ud.?

— ¡Una atrocidad! No me lo pregunte Ud., que me da vergüenza.

— ¡Ah qué presumido! ¡Si yo le he de querer lo mismo que tenga muchos que pocos!

En seguida me propuso que nos tratásemos de tú; pero despues de aceptado se volvió atrás, ofreciéndome que yo la tratase de tú y ella siguiese con el usted. No quise conformarme.

— Pues mire Ud., yo no puedo hablarle de tú; me da mucha vergüenza... Pero, en fin, vamos á ensayar.

Del ensayo resultó que para evitar el pronombre daba la pobrecilla infinidad de rodeos y se metía en una serie interminable de perfrasis; si se aventuraba á dirigirme un tú, lo hacía bajando la voz y pasando como sobre ascuas.

Cuando empezó el segundo acto, volvió á escuchar atentamente. Mis ojos no se apartaban casi nunca de su rostro: ella entornaba á menudo los suyos para dirigirme una sonrisa, apretando al mismo tiempo mi mano. Observé no obstante que se había amortiguado un poco la viva expresion de su fisonomía, y que iba perdiendo aquella graciosa volubilidad del principio. Las sonrisas de sus labios se fueron haciendo tristes, y por la cándida frente pasó una ráfaga de inquietud que comunicó á su lindo rostro infantil cierta grave expresion que no tenía. Parecía como que, en virtud de un misterioso movimiento de su espíritu, la niña se transformaba en mujer en pocos instantes. Dejó de apretar mi mano y hasta retiró la suya; volví á cogerla disimuladamente, pero al poco tiempo la retiró de nuevo.

El segundo acto había terminado. Al bajarse el telon me hizo mirar el reloj, y viendo las once, dijo que era necesario partir en seguida, porque á las once y media, á más tardar, iba el criado á buscarla.

Salimos del teatro. La noche seguía tibia y estrellada: á la puerta aguardaba una larga fila de coches que nos fué preciso sortear. Ya no había en las calles el movimiento de las primeras horas, pero, con todo, seguimos las más solitarias. Teresa no quiso aceptar mi brazo como ántes. Entónces me tocó llevar la voz cantante, y la dije al oído mil requiebros y ternezas, explicándola por menudo el amor que me había inspirado

y lo que había sufrido en los días en que no pasé por su calle: recordéle todos los pormenores, hasta los más insignificantes de nuestro conocimiento visual y epistolar, y le dí cuenta de los vestidos que le había visto y de los adornos, á fin de que comprendiese la profunda impresion que me había causado. Nada replicaba á mi discurso; seguía caminando cabizbaja y preocupada, formando su actitud notable contraste con la que tenía tres horas ántes al pasar por los mismos sitios. Cuando me detuve un instante á respirar, exclamó sin mirarme:

— Hice una cosa muy mala, muy mala. ¡Dios mio, si lo supiese papá!

Traté de probarle que su papá no podía enterarse de nada, porque llegaríamos demasiado temprano.

— De todas maneras, aunque papá no se entere, hice una cosa muy mala. Ud. bien lo sabe, pero no quiere decirlo. ¿No es verdad que una niña bien educada no haría lo que yo hice esta noche?... ¡Si lo supiesen mis primas, que están deseando siempre cogerme en alguna falta!... Pero no piense Ud., por Dios, que lo he hecho con mala intencion... Yo soy muy aturdida... todo el mundo lo dice... pero tambien dicen que tengo buen fondo.

Al proferir estas palabras se le había ido anudando la voz en la garganta, hasta que se echó á llorar perdidamente. Me costó mucho trabajo en calmarla; pero al fin lo conseguí elogiando su carácter franco y sencillo y su buen corazón, y prometiendo quererla y respetarla siempre. Me hizo jurar una docena de veces que no pensaba nada malo de ella. Despues de secarse las lágrimas recobró su alegría y comenzó á charlar por los codos. Me expuso en pocos instantes una infinidad de proyectos á cual más absurdos; segun ella, debía presentarme al día siguiente en casa y pedirle al papá su mano: el papá diría que era muy niña, pero yo debía replicarle inmediatamente que no importaba nada; el papá insistiría en que era demasiado pronto, pero yo le presentaría el ejemplo de una tía, hermana de su mamá, que estaba jugando á las muñecas cuando la avisaron para ir á casarse. ¿Qué había de oponer á este poderoso argumento? Nada seguramente. Nos casaríamos, y acto continuo nos iríamos á Jerez, para que conociese á sus amigas y á sus tios. ¡Qué susto llevarían todos al verla del brazo de un caballero, y mucho más cuando supieran que este caballero era su marido!

Estaba tan linda, tan graciosa, que no pude ménos de pedirle con vehemencia que me permitiese darla un beso. No fué posible. Ningun hombre la había besado hasta entónces; solamente su primo la había dado un beso á traicion; pero le costó caro, porque le dejó caer dos vasos de limon sobre la cabeza: hasta en los juegos de prendas hacía que pusieran las manos delante, para que no le tocasen la cara con los labios. Pero cuando estuviésemos casados ya sería otra cosa; entónces todos los besos que se me antojaran, aunque sospechaba que no se les pediría con tanto ardor como ahora.

Estábamos próximos ya á su casa. Los carruajes de

la gente que volvía de las tertulias, al cruzar á nuestro lado, apagaban la voz de Teresa y la obligaban á esforzarla un poco. Las estrellas desde el cielo nos hacían guiños, como si nos invitasen á gozar apresuradamente de aquellos momentos felices, que no habían de volver. A lo léjos sólo se veían, como fuegos fatuos, los faroles de los serenos.

Llegamos por fin á casa. Delante de la puerta, Teresa volvió á hacerme jurar que no pensaba nada malo de ella, y que al día siguiente, á las dos en punto de la tarde, me presentaría debajo de sus balcones.

— Cuidado que no faltes.

— No faltaré, preciosa.

— ¿A las dos en punto?

— A las dos en punto.

— Llama ahora con un golpe á la puerta.

Cogí la aldaba y di un golpe fuerte. Al poco rato se oyeron los pasos del portero.

— Ahora — dijo en voz bajita y temblorosa — dame un beso y escápate de prisa.

Al mismo tiempo me presentaba su cándida y rosada mejilla. Yo la tomé entre las manos y la apliqué un beso... dos... tres... cuatro... todos los que pude hasta que oí rechinar la llave, y me alejé á paso largo.

Dejó de hablar D. Ramon.

— ¿Y despues, qué sucedió? — le pregunté con vivo interes.

— Nada, que aquella noche no pude dormir de remordimientos, y al día siguiente tomé el tren para mi pueblo.

— ¿Sin ver á Teresa?

— Sin ver á Teresa.

A. PALACIO VALDÉS.

BENEFICENCIA

LA NODRIZA-OGRO

No es fácil dentro del cuadro animado de la vida, entre la agitacion de sus luchas y el alegre clamoreo de sus dichas, distinguir los dolores pequeños — pequeños por serlo los que los sufren — que son grandes en sí y dignos de remedio.

La humanidad lleva sobre sí fatal estigma de su miseria, y paga con cuerpo y alma censo irredimible al dolor. Pero hay en esta negra stirpe de desventura algunas que sólo son posibles en sociedades sin concierto, y cuando los hombres de gobierno se entregan al más cínico desden de sus semejantes ó á la más apática y criminal indiferencia. Un pensador cristiano, el conde José de Maistre, decía que si de las desgracias individuales sólo Dios tiene el secreto, de las desgracias colectivas hay que pedir cuenta á los guías de la sociedad, como de los malos pasos de un ejército á su general. Al exámen de la segunda clase de desastres sociales corresponde este estudio, que más que tal es ligero apunte arrancado por un horrendo espectáculo que se desarrolla ante nosotros en medio de una indiferencia inconcebible.

Mucho se ha hablado estos días de la Inclusa de Madrid. Han mediado rectificaciones, ataques y defensas ministeriales, de las cuales resultaba que la situacion de los expósitos no admite mejoría. Con estos alardes de optimismo gubernamental habrá quien haya quedado satisfecho; pero nosotros hemos procurado saber qué causa motiva la mortalidad de los niños entregados á la Inclusa, mortalidad tan espantosa que, segun los datos que facilita el archivo de aquel establecimiento, de 65.580 niños depositados en el torno, han fallecido 54.847. La cifra horroriza, da miedo, hace pensar en si estaremos condenados á la impotencia para luchar contra el vicio, el interes y la crueldad.

Con ultraje de la humanidad, con desconocimiento de la práctica de la vida, la Inclusa tiene, además de las nodrizas internas del establecimiento, muchas nodrizas externas, mujeres que por un estipendio mensual de 60 reales se hacen cargo de un niño, le llevan á su casa, le lactan y le cuidan hasta que, llegada la época del destete, le devuelven al torno. Son madres que han perdido á su hijo ó que ya le han criado. Un informe del juez municipal de su pueblo, otro del cura párroco, bastan para que la Inclusa entregue esos desdichados hijos anónimos á la nodriza mercenaria. Bien se comprende que cuando por tres duros al mes se imponen ellas el penoso ejercicio de la lactancia y los cuidados de una segunda maternidad, su miseria será extremada. En efecto; la mayor parte, de cada ciento noventa y nueve, son mendigas ó mujeres de jornaleros míseros que no ganan lo bastante para comer, que tienen que trabajar, y que en estas malísimas condiciones de hambre, desgracia, fatiga y desesperacion, transmiten á los infelices niños una leche sin sustancia, empobrecida con el gérmen del raquitismo y envenenada con el de otras enfermedades.

En casi todos los pueblos de las provincias de Madrid, Ciudad-Real, Soria, Guadalajara, Toledo, etc., hay de estas nodrizas externas. Es preciso verlo para creerlo. En los presentes meses de grandes faenas agrícolas, esas nodrizas hacen falta en el campo. La pobreza no distingue de sexos, y á los dos los iguala con el rudo rasero del trabajo. La nodriza da al niño su alimento lácteo al amanecer y se va á segar. El niño suele quedar solo en la casa. Si tiene hambre llora, y cansado se duerme. Si rodando por el suelo se lastima, él se consuela á sí mismo, porque no está allí la madre con el árnica de su cuidado y alivio de su amor. Cuando viene la noche, la nodriza vuelve á su casa y el niño á tomar alimento. ¡Y qué alimento! Aquella mujer fatigada, sudosa, abrumada de trabajo, requemada por el sol estival y por bebidas alcohólicas, no puede encerrar en su seno las fuentes de la vida dulces y próbidas. Cae rendida por el sueño, y el pobrecito inclusero, sin limpieza, hambriento, ronco de llorar, vuelve á esperar el amanecer, y con él el alivio de su estómago. Este negro cuadro es la misma realidad, sin que hayamos recargado las tintas sombrías. Hemos descrito la verdad sin quitar ni poner.

Hemos dicho que este sistema de nodrizas externas es un ultraje á la humanidad y un desconocimiento de

la práctica de la vida, y vamos á probarlo si aún es necesario.

Ese niño sin padre, sin tutela, sin amparo, no tiene otro que la mayor ó menor bondad de su nodriza. Si éstas viviesen en la abundancia, podría esperarse de ellas algo bueno para los niños; pero el hambre endurece el corazón viendo padecer de escasez á los propios hijos. ¿Qué madre, no siendo una heroína de la caridad, cuida al hijo pegadizo y mercenario? El abandono del desventurado ¡inclusero viene como consecuencia inevitable, y poco más tarde su muerte. Así es que muchos pueblos cercanos á Madrid son cementerios de expósitos. Salen del torno por docenas, y mueren por docenas á los pocos días. La nodriza á quien se le ha desgraciado el pequeño, vuelve á sacar otro y otro más tarde. En el archivo de la Inclusa figura el nombre de algunas de estas nodrizas, que en un año han dado lactancia á diez incluseros que han ido muriendo uno tras otro, sin que el Estado, padre cruel, tutor pésimo, haya impedido á aquella mujer sin entrañas continuar el ejercicio de su profesion, que por lo visto era, en el lenguaje del pueblo, «reclutar ángeles para el cielo».

Pedir á esa nodriza externa, que vive miserable, por 60 reales al mes el alimento, el cuidado, la salud, la limpieza y el amor que necesita un niño, es pedir imposibles. Pedir á mujeres sin cultura moral, sin educación cristiana, azotadas por el hambre, una obra de caridad tan grande, difícil y meritoria como criar al hijo ajeno, es pedir absurdos.

Ahora bien; cuando en absurdos é imposibles se funda la Beneficencia oficial en lo que á los niños expósitos se refiere, ¿por qué extrañarnos de que la muerte tome como suyos los frutos de la cuna pública? ¿Por qué enojarse de que haya espíritus inspirados en noble indignación que llamen á esta manera de ejercer la caridad disfraz hipócrita del abandono?

Hay más. Porque, cuando en España se habla de desbarajuste oficial, siempre hay más que decir por mucho que ya se haya dicho.

En cada distrito rural, la Inclusa tiene un encargado de pagar á las nodrizas. Si este delegado de la Inclusa fuese bien escogido, sería una garantía de los expósitos; pero por su desgracia el pagador ofrece muchas veces el ejemplo más horrendo de cínica avaricia. De más de un caso hablamos. En las migajas que el Estado reparte á esas nodrizas, aún encuentra medio el delegado de buscar ganancia. Unos anticipan á las nodrizas mensualidades mediante un interés de 50 por 100; otros, que son mercaderes, las obligan á tomar en pago de la lactancia los géneros del comercio en que especulan. De suerte que la nodriza ve siempre interpuesta entre su mano y la paga la mano avariciosa de este habilitado, especie de Herodes burgués, cuyo carácter hiede como la carroña podrida.

Hé aquí á quiénes fía el Estado funciones de caridad sublime: hé aquí los transmisores de las corrientes eternas de amor universal. El niño expósito, el hijo del Estado, debe á la gloriosa y omnipotente maternidad de la ley tales bondades.

En estas condiciones el expósito no es objeto de caridad, sino motivo de especulación: especulación por parte de la nodriza, especulación por parte del delegado. Esos 60 reales de caridad oficial llegan á los hambrientos labios del niño convertidos en miseria, enfermedad y muerte.

Los abusos á que la avaricia humana da motivo son atroces. Hay truecos de niños que recibe con nombre supuesto una nodriza, para después pasar el infeliz á otra mujer que no tiene condiciones para lactarle. Hay muertes de niños que se ocultan artificiosamente para seguir percibiendo la pensión. Hay mendigos que piden limosna llevando en brazos, como señuelos de la piedad ajena, niños tomados de la Inclusa. El análisis de cómo son posibles estas infamias, la pintura de los subterfugios que emplea el crimen para conseguirlas, formarían un cuadro espantoso, cruel, que haría dudar de si todos los hombres tienen corazón.

Es necesario que la Junta de Damas de Honor y Merito, á cuyos maternales sentimientos están fiados los huérfanos de la Inclusa, conozca este crimen que se comete contra la humanidad. Ellas son madres, son mujeres, son españolas, y no pueden asistir sin horror al espectáculo que ofrece la lactancia externa de la Inclusa. La Sociedad Protectora de los Niños está obligada también á tomar iniciativa en este asunto. No hay ciudadano que no esté obligado á procurar su enmienda.

Es preciso hacer honor á aquella cruz que hay esculpida sobre el torno de la Casa de Maternidad. Si sus brazos abiertos prometen amor, no ha de consentirse que tras ella se oculte el abandono. El Divino Maestro llamaba á los hijos de los hombres diciendo: «*Dejad venir á mí los niños.*» No permitais que la crueldad añadida con befa de la religion, de la piedad: «*¡Yo les dejaré morir de hambre!*»

J. ORTEGA MUNILLA.

CALOR DE MADRE

Enrique tenía fiebre.

Días ántes era la alegría del Prado. Los ángeles que alegran en las últimas horas de la tarde ese paseo, lo esperaban siempre para comenzar sus juegos.

Sin Enrique no había animación; sin Enrique no había armonía en sus cantos, ni los juegos «salían bien».

El era el director, el jefe, el juez.

No permitía que sus compañeros regañasen, ni que los más grandes hiciesen daño á los más chicos.

¡Y no tenía más que siete años!

Una tarde faltó al paseo. En vano lo esperaron sus amiguitos. Al principio confiados, luego recelosos, más tarde desesperanzados, ninguno ocultó el pesar que le causaba la ausencia de Enrique.

Esa tarde riñeron Luz y Gloria; Julio estuvo silencioso, y los más pequeños huían de la presencia de los mayorcitos.

Llegó la hora de despedirse, y todos se besaron; pero sin alegría y sin que la risa plegara sus lindas bocas.

A la tarde siguiente, el Prado, ese pedazo de cielo de los ángeles de Madrid, se vió desierto. Todo estaba triste y sombrío. Hasta *el barquillero* se veía abatido y pesaroso, los ojos fijos en el suelo y la mano moviendo con abandono la ruleta. Y los globillos de gas no subían presurosos como siempre; ni una ráfaga de aire movía los molinos ni veletas de los vendedores ambulantes; ni los aros medían en su movimiento de rotación la extensión del paseo, sino que, como la tierra, desfallecían á cada vuelta...

Todos los niños se habían reunido sin previo acuerdo en la casa de su compañero.

Porque Enrique estaba enfermo, y Enrique «era el alma de todos.»

Era huérfano de madre; pero todos en la casa creían que no la echaría de menos, porque nada le faltaba. Sus vestidos eran correctos y lujosos; sus juguetes siempre nuevos y de valor, y en todas las diversiones infantiles se encontraba un abono á favor de Enrique y de su padre.

¿Por qué, pues, no creer que todo lo tenía?

Pero él no estaba satisfecho; él, que vestía mejor que sus compañeros; él, que los surtía de juguetes y golosinas; él, que no consentía nunca que lo llevaran á los Circos y Fantoques sin hacerse acompañar de algunos de sus camaradas.

Y no estaba satisfecho porque sentía en el alma la nostalgia de un bien desconocido; porque, á pesar de tener todo, sus amigos del Prado tenían más que él.

No tenía madre, y los ángeles que alegraban en las últimas horas de la tarde ese paseo podían decir: «¡Mamá...!»

Y el día en que enfermó redoblaron su padre y sus parientes los cariñosos cuidados que siempre le habían prodigado.

De nada se quejaba el enfermito. Las prescripciones facultativas se cumplían sin que él opusiera la más pequeña resistencia.

Una vez se quejó de frío. Se atemperó la pieza.

— ¡Aún tengo frío! — exclamó horas despues.

Su padre lo envolvió en magnífica manta, é hizo notar al doctor el frío de Enrique.

La fiebre aumentaba, las pulsaciones eran más rápidas, el termómetro marcaba 40° de calor.

Y sin embargo, ¡Enrique tenía frío!...

La última noche, y cuando el padre velaba un tranquilo sueño de que gozaba el idolo de los ángeles del Prado, y los niños sus compañeros hablaban tan bajo que sólo Dios los escuchaba, se le oyó decir: «¿Qué tienes, madre mía?»

— ¡Delira! — exclamaron todos acercándose á su lecho.

Su padre sintió que el corazón le saltaba del pe-

cho. Lo que para los demás era delirio, para él era un pronóstico.

Enrique despertó y dijo «que había visto á su madre en un lugar muy lindo; que era de mañanita y había muchas flores, mucha luz y mucha música, y niños de cabellera rubia que tenían alas; pero que su madre no estaba contenta como los niños y las otras personas que estaban por allí, y que cuando lo veía tenía los ojos muy tristes...»

— Tengo mucho frío — añadió.

Y volvió á quedar dormido.

Momentos despues, pero siempre dormido, exclamaba: «tengo mucho frío»; y luégo: «ya no tendré frío; mi madre me ha formado en su pecho una cama muy buena, y allí no hay frío... me llama con los ojos... ella me abrigará mucho y me dormirá con sus besos...»

— ¡Ya voy, madre mía!

Extendió los bracitos y animó su carita una sonrisa divina...

Al día siguiente, los ángeles que alegraban las últimas horas de la tarde el paseo del Prado, acompañaban á Enrique y lo despedían entre flores para un viaje muy largo...

Porque Enrique, á quien no le faltaba nada, echaba de menos los besos y el calor de su madre, esa arca santa donde Dios deposita todos los bienes de que hemos de gozar sobre la tierra.

Y faltándole su madre, ¿por qué Enrique no había de morir de frío en medio de una fiebre abrasadora?

CÁRLOS B. FIGUEROA.

Madrid, Agosto de 1883.

MIS HIJOS

Desde que han nacido,
desde ántes yo creo,
de mí no se apartan
un solo momento.

Mis penas se curan
mirándome en ellos;
despierto, los llamo;
durmiendo, los sueño.

Con darles la vida
la vida les debo,
pues sólo en el mundo
me hubiera ya muerto.

No hay juego que iguale
para mí sus juegos,
ni miel que no endulce
la miel de sus besos.

Se duermen cantando
como los jilgueros,
y cuando la aurora
penetra en su lecho,
los dos la saludan
cantando y riendo.

¡Ay! Con qué alegría
entonces recuerdo

las cien y cien noches
que, al verles enfermos,
lloraba su madre
temblando de miedo,
mientras yo medía
la alcoba en silencio!

Dichosos afanes,
benditos desvelos,
que hoy de su cariño
reciben el premio;
pues no hay para el alma,
cuando están contentos,
ni sombra en la Tierra,
ni nube en el Cielo!

¡Ay! Ellos avanzan
y yo retrocedo:
ellos tienen cerca
lo que yo muy lejos.

Su oriente y mi ocaso
confundidos veo,
y el uno es eclipse,
y el otro es incendio.

Por eso á la altura
mis preces elevo,
de Dios implorando
morir ántes que ellos;
pues si un solo instante
dejara de verlos,
tan sólo hallaría,
y hallarlas no quiero,
sombras en la Tierra,
nubes en el Cielo!

MANUEL DEL PALACIO.

PENSAMIENTOS Y FRASES

EN UN ÁLBUM

Es tan grande la necesidad de amar en la mujer, que por más que lo imagino creo que el secreto de comprenderlo queda reservado á las madres. Aman con toda la efusion de su alma y con todo el amor que en ellas cabe al hijo de sus entrañas, y á pesar de esto, si el cielo deparase á cada una mil hijos, amarían del mismo modo y con todo su amor á todos.

JOSÉ CALL.

ECOS INFANTILES

La niña de una de nuestras actrices (que ha recorrido las provincias haciendo todo el repertorio de melodramas), una pequeñuela pálida y escrofulosa, criada entre bastidores, que aprendió á leer en las comedias del segundo apunte, y á quien han recomendado los baños de mar, al llegar al puerto ve por vez primera una tempestad, quedando al parecer sorprendida.

—¿Qué te parece el mar, hijita? —le preguntó su madre.

A lo que responde la mocita:

—Pues que los tramoyistas del foso deben estar muy cansados con el jaleo que tienen hoy.

A LA NIÑERA DE MI AMIGO X

CONSEJOS PRUDENTES

Si confían el niño á tu cuidado, no le expongas mucho á los rayos del sol, sobre todo en las noches húmedas.

Si por hablar con el cabo de húsares te retrasares algun día en volver á tu domicilio, discúlpate diciendo que el niño se perdió, que tuviste que ir en su busca y que le encontraste... al *cabo*. Y no mentirás.

No te reunas jamás con tus compañeras vascongadas cuando lleves al niño; pues si éste llega á fijarse en vuestra conversacion, no aprenderá nunca á hablar, y si á enjuagarse la boca con el alfabeto.

Cuando salgas á paseo con el niño, no admitas de sus padres ménos de una peseta para comprarle barquillos; porque ya comprendes tú que los cigarros para el cabo, las ligas para tí, el sello para escribir al otro novio del pueblo, y *cinco* barquillos de á céntimo, componen la peseta cabal.

En fin, graciosa niñera: Si, acostumbrada á entretener á la criatura contándola cuentos, se te agotase el repertorio, no sufra quebranto el niño; acude á mí, y yo te haré unas cuantas historietas á precios equitativos y con prontitud y aseo.

JUAN PEREZ ZÚÑIGA

LAS FLORES Y LOS NIÑOS

Las flores son la primavera de las plantas, y los niños son la primavera de los hombres.

Si falta riego á la planta, la flor marchita está: si falta educacion al niño, le falta brillantez.

Y planta ú hombre, flor ó niño, necesitan cuidados asiduos y manos laboriosas que cuiden de ellos si no se quiere perderlos.

El que hace bien á los niños, hace bien á los ángeles; y como éstos están tan cerca de Dios, ruegan á Éste por su bienhechor, al que de seguro Dios protege.

La postura del niño en la cuna mientras duerme, demuestra el cuidado que su madre tiene de él.

No lo dejéis descuidado: ántes bien tened presente que lo mismo matan las sábanas que las sogas.

La sociedad que se ocupa de lo pequeño se hace grande.

A. TORRERO.

LA TUMBA DEL AMOR

Á DON NICASIO ALONSO

Para vosotros concluyó la guerra
De este mundo infeliz, cuya impiedad
Me deja en la más triste soledad,
Llorando ante la capa de la tierra.
No quiere darme el polvo lo que encierra
Para no desistir de la verdad;
Que á la mísera y pobre humanidad
Por mandato de Dios en él se aferra.
Delante de una tumba estoy penando,
Dentro la cual dos cuerpos se han unido,
Á un padre, ciego de sufrir, dejando.
Ante el triste sepulcro estoy pensando
En el consuelo inmenso del olvido...
¡Dios me dará la muerte!... ¿pero cuándo?

LUIS VEGA-REY.

Junio 1883.

DICHOS Y HECHOS

Damos mil gracias á la prensa que se ha dignado reproducir las frases del ilustre Daudet dedicándonos cariñosas felicitaciones, que agradecemos de todas veras, así como las que nos han dirigido nuestros favorecedores y amigos.

La ciudad de Caracas, que, como dice muy oportunamente *La Voz de la Caridad*, se distingue, entre otros progresos, por el de la Beneficencia, posee un *Asilo de huérfanos* al cual han hecho varios valiosos donativos que demuestran que la caridad no há menester demostrarse siempre por el dinero.

Tales son una accion de la rifa de una casa en Nirgna, otra de Puerto Cabello, cincuenta ejemplares de un libro y ciento de una composicion musical del doctor Calcaño, ministro venelozano en Madrid. La idea de un diplomático que en medio de las importantes tareas de su elevado cargo, siempre atendidas y bien desempeñadas, tiene aún tiempo para dedicarse á las artes y corazon generoso para acordarse á tan larga distancia de los pobres huérfanos de su patria, es un cuadro que á él le honra y á los demás nos admira y complace.

El Dr. Calcaño es además de todo esto amantísimo

padre de familia, título que abrillanta los muchos que ostenta para la estimacion de España.

Nosotros, que amamos á la América española como una hermana, nos complacemos en ver á la República de Venezuela tan bien representada, honrándonos mucho con la amistad y colaboracion de personas tan inteligentes como el distinguido D. Carlos Figueredo, secretario de la Legacion é hijo político del ilustre doctor Calcaño, del cual verán nuestros lectores un artículo en este número.

El general Sr. Guzman Blanco ha tenido la galantería de remitirnos el *Discurso de instalacion de la Academia Venezolana*, pronunciado en Caracas el 27 de Julio de 1883. Es un trabajo muy bien hecho, del que sentimos no podernos ocupar con mayor espacio.

Suma y sigue.

Dice un colega:

«¡Qué tal andará la administracion en la provincia de Málaga, que *El Eco de la Serranta*, periódico de Ronda, dice que existen en aquella Casa de Expósitos ¡diez niños amamantados por dos únicas nodrizas! Pobres mujeres, casi desnudas y muertas de hambre, porque hace diez y seis meses que no se les paga su mezuquino salario. Así es que la mortandad por el hambre entre aquellas inocentes criaturas llega á una cifra espantosa.»

Es verdaderamente indigno lo que ocurre con esas incalificables Diputaciones, que no atienden siquiera á lo más importante.

Véase lo que en este número escribe nuestro distinguido colaborador Ortega Munilla, y lo que seguidamente hemos de decir desde LA MADRE Y EL NIÑO sobre tamañas infamias.

Hemos recibido con extraordinario aprecio una elegante publicacion mensual titulada *Bellas Artes*, llamada á alcanzar gran éxito entre los amantes de la literatura española y del arte contemporáneo. Están al frente dos personas tan inteligentes como el grabador Laporta, y un distinguido escritor que se encubre con el pseudónimo T. de J. Dávila, sin que por eso deje de adivinarse tras él á un delicado poeta muy conocido entre los literatos.

La extraordinaria abundancia de originales nos impide mencionar hoy otras *Publicaciones recibidas* durante este mes, que son muchas y muy dignas de atencion en su mayoría.

Aprovechamos esta circunstancia para rogar á cuantos nos favorecen remitiéndonos artículos ó poesías nos dispensen si no las insertamos todo lo pronto que desean sus autores y nosotros deseáramos, á causa de la circunstancia arriba expresada.

Madrid: 1883. — Enrique Teodoro, impresor, Amparo, 102,
y Ronda de Valencia, 8